

**MATRIZ ILUSTRADA Y
PARTICULARISMO ROMÁNTICO:
¿EXCLUSIÓN O CONVIVENCIA?**

Bernardo Subercaseaux

El artículo argumenta la necesidad de articular en distintos órdenes la lógica de la matriz ilustrada con la de la matriz romántica, con vistas a organizar políticamente la convivencia al interior de naciones pluriculturales. Con respecto a la discusión contemporánea, separa aguas, por una parte, con el fundamentalismo cultural y, por otra, con el relativismo posmoderno. En esta perspectiva examina posturas y casos de Europa, Estados Unidos y América Latina, desplegando un punto de vista que recoge y precisa planteos anteriores del autor.

BERNARDO SUBERCASEAUX. Profesor titular y vicedecano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Autor, entre otros, de los siguientes libros: *Historia, Literatura y Sociedad* (1991); *Historia del Libro en Chile* (1993); *Chile, ¿Un País Moderno?* (1996); *Historia de las Ideas y de la Cultura en Chile* (1997); *Genealogía de la Vanguardia en Chile* (1998), y *Chile o una Loca Historia* (1999).

“No debemos hacer caso a los que se lamentan de la pérdida de costumbres locales (trajes, usos, fueros, dialectos, formas políticas etc.). Sólo a ese precio nos podemos elevar a lo supranatural, a los fines generales de la humanidad, al saber fundamento, a la comprensión y al goce del pasado, de lo no vernáculo; en suma, sólo así se deja de ser bárbaro”.

(Federico Nietzsche, “Algunas Observaciones sobre Cultura, Estado y Educación”, 1874-77.)

“Todos los mundos son uno solo, todo está hecho de lo mismo: los dioses, los espíritus, las estrellas, las plantas, las piedras, las gentes.

Todo cambia y se mueve pero no muere; nuestro espíritu es como un árbol: nace, crece, florece y da semillas, nunca terminaremos de vivir porque sólo cambia la cáscara de la semilla”.

(Poema mapuche anónimo, de tradición oral.)

Desde hace más de una década he venido planteando, con respecto a América Latina —espacio donde la razón se cruza con el mito—, la necesidad de articular en distintos órdenes la lógica de la matriz ilustrada con la de la matriz romántica. Por matriz ilustrada entendemos la mirada política de vocación cívica, racionalista y universal, que se expresa en la concepción de la nación de cuño francés; y por matriz romántica, la mirada culturalista vinculada al romanticismo alemán y al rescate de los particularismos étnicos y demográficos. Son dos lógicas —instrumental una y expresiva la otra— que en una suerte de tensa contradanza han acompañado a la construcción de la modernidad. En 1991, examiné algunos conflictos entre el ámbito de la política y el de la cultura, y sus lógicas subyacentes, mostrando que a través de ciertas acciones públicas y de la democracia cultural era posible —y necesario— propiciar una articulación entre ambas esferas¹. En 1999, analicé el caso de Chile en el siglo XIX, como ejemplo de una nación construida en el discurso de la homogeneidad y de valores ciudadanos que se suponían universales, construcción excluyente que en base a nexos y hegemonías sociopolíticas interfirió la circulación de un espesor cultural de base étnica o demográfica². En 2001, centrándome en el

¹ Subercaseaux, B.: “Política y Cultura: Desencuentros y Aproximaciones”, 1991, pp. 138-146.

² Subercaseaux, B.: “Caminos Interferidos: De lo Político a lo Cultural”, 1999, pp. 149-164. También en *Chile o una Loca Historia*, 1999, pp. 39-74.

tema de las industrias culturales, expuse la crisis contemporánea de la matriz ilustrada, argumentando, sin embargo, que en el modelo subsisten ideas fuerza que siguen vigentes y que merecen ser productivizadas en las más diversas instancias³. Por último, en un libro reciente, en el marco de la globalización y la diversidad cultural, examiné el paisaje contemporáneo de la cultura en América Latina, argumentando la necesidad de un nuevo imaginario de la nación, un imaginario que permitiera armonizar la concepción política de la misma (y la voluntad histórica que subyace a ella) con las diversas identidades étnico-culturales⁴.

Cuando en este último trabajo reivindicé la idea de nación, no me estaba refiriendo a la concepción decimonónica de la misma, ni tampoco a su ajuste mestizo en el período de entresiglos, sino a su reformulación en las condiciones de una historia que se ha movido, y que ya no está donde estaba a mediados del siglo XX. Para ilustrar mi postura utilicé la metáfora del guante, y de la mano capaz de movilizar sus distintos dedos culturales, una imagen muy distinta a la del mitón, a la de la nación como un guante con un solo dedo que en el pasado inmovilizó o rigidizó a los otros. Me interesaba marcar distancia, por una parte, con el fundamentalismo cultural, y, por otra, con el relativismo posmoderno. De allí que al valorar la diversidad en temas como los pueblos originarios, las industrias culturales, las culturas de ancestros y la educación intercultural, lo hice insistiendo en que los particularismos culturales no debían entenderse como una clausura del espacio público o de lo político, sino como una ocasión para darle a ese espacio, y a la nación, nuevos aires. Diversidad y diferencia, por lo tanto, en el contexto de la cultura moderna y de la racionalidad ilustrada, y no en el de la cultura posmoderna o de un multiculturalismo radical que suele postular sociedades fragmentadas hasta el infinito, tolerantes de las diferencias culturales pero insensibles a las diferencias sociales y económicas e incluso al poder del Imperio⁵.

A pesar de mis resguardos y advertencias, un comentario crítico reciente tiende —desde una lectura polar— a percibir en mi libro una apuesta excesiva a la diversidad, en desmedro del diálogo intercultural y de la convergencia entre distintas culturas⁶. Cuando, con respecto a los pueblos originarios de América Latina, se plantea la posibilidad de una autonomía relativa que preserve sus culturas, puede que ello, dice el crítico,

³ Subercaseaux, B.: “Hacia un Nuevo Mapa Latinoamericano: Ilustración y Mercado”, 2001, pp. 277-287.

⁴ Subercaseaux, B.: *Nación y Cultura en América Latina: Diversidad Cultural y Globalización*, 2002.

⁵ Hardt, Michael y Antonio Negri: *Imperio*, 2002.

⁶ Fuenzalida F., Edmundo: “Reseña Bibliográfica”, 2002.

satisfaga las demandas indígenas, pero “¿Satisface, acaso —pregunta— las exigencias de libertad, igualdad y democracia que pone la sociedad mayor?” “¿Es aceptable —señala— la desigualdad entre hombres y mujeres en la sociedad menor, cuando ella no se acepta en la mayor?” Por allí cita también el caso de la cultura africana y de la musulmana, que aprueban la ablación del clítoris en las muchachas o la aplicación de penas inhumanas a los delincuentes (cortar una mano al ladrón, por ejemplo). El multiculturalismo encarnaría un potencial autoritario en la medida que legitima valores culturales por el solo hecho de existir, y no en relación con los derechos de los otros. “Acepto —dice mi crítico— la diversidad cultural como proyecto país, pero teniendo en vista una convergencia entre las distintas culturas”. “Rechazo —continúa— la imposición de una cultura supuestamente superior sobre las demás, y promuevo la imposición de una cultura comprensiva basada en el conocimiento completo de todas ellas”. (Aunque se trata de otro debate, aplicando su criterio ¿no habría que rechazar también la imposición de la cultura de Occidente sobre las culturas precolombinas?) El modelo que esgrime es la cultura imperial romana en el siglo II, desde Adriano hasta Constantino, “cultura que posibilitó —afirma— que norafricanos, egipcios, sirios, judíos, griegos de Jonia y de la Hélade, latinos de Italia, Gallia e Hispania, construyeran una cultura común que incluía elementos aportados por cada una de ellas”.

Es el viejo tema del particularismo cultural (étnico, religioso o nacional) versus los valores que la fe o la razón occidental han canonizado como universales, asunto que de alguna manera ya está presente en las disputas en que participó Fray Bartolomé de las Casas. Corresponde también a la tensión moderna entre la matriz ilustrada (de cuño francés) y la matriz romántica (de estirpe germana), entre el derecho a la igualdad, al progreso y al *sapere aude* de Kant, y el derecho a la diferencia y a la tradición local propiciada por el movimiento *sturm und drang* y por los románticos alemanes. Tanto mi crítico como yo nos movemos en el marco de esta tensión, la diferencia es que él, con cierto maniqueísmo, la ve como polar e irreconciliable, y tiende por lo tanto, con una mirada binaria, a extremarla. Desde mi punto de vista, en cambio, en beneficio de corregir las desviaciones que pone de relieve el atrincheramiento en uno u otro polo, propicio el encuentro y la articulación entre una matriz en la que subyace la lógica política y otra que asume una mirada cultural. Más aun, en tiempos globalizados, en tiempos en que los conflictos suelen ser entre pulsiones de modernización y pulsiones identitarias, todo indica que la articulación entre ambas corresponde a una necesidad de la convivencia y de la paz.

Las demandas de los pueblos originarios en América Latina son básicamente tres: superación de la pobreza, reivindicaciones étnico-culturales o de tierras y algún grado de autonomía política o de participación en un Estado pluricultural. Yo sostengo que se hace muy difícil abordar como país o como sociedad mayor cualquiera de ellas si no se las vincula con las otras dos. Es precisamente esta conexión la que implica una articulación entre las dos matrices. La preservación y resguardo del patrimonio cultural, al vincularse con la superación de la pobreza o la participación en un Estado pluricultural, implica necesariamente una interacción permanente con la cultura moderna. La superación de la pobreza de los pueblos originarios requiere de capacitación, préstamos, transferencias tecnológicas, incluso algún nivel de reconversión laboral y de transformación de ciertas tradiciones de cultivo o de trabajo agrícola. Es precisamente ese diálogo el que evita que se vulnere o se ponga en riesgo la unidad nacional, en la medida en que se deja abierta y no se clausura la posibilidad de ser indio y ciudadano, o indio y moderno a la vez. En otras palabras: “culto” en el sentido romántico y “culto” en el sentido ilustrado. Ahora bien, para que esto sea posible, no se trata de una decisión o de un derecho de libre decisión de cada individuo, la preservación de la cultura necesita de interacción con otros, pues la cultura no depende de la autonomía individual sino de la existencia de una comunidad que la sostenga y la alimente, lo que implica, por parte del Estado, el resguardo para esa comunidad de ciertos derechos colectivos y de algún grado de autonomía relativa. Estos derechos colectivos no romantizan ni congelan la etnia en una campana de vidrio, pues a través de la interacción con la cultura moderna existirá siempre la alternativa del cambio. En Canadá, sobre todo en la provincia de British Columbia, las comunidades indígenas vinculadas a la explotación del salmón son un buen ejemplo de solución en esta perspectiva.

Ahora bien, al discutir con mi contradictor, no me mueve una suerte de prurito egocéntrico. Edmundo Fuenzalida, que así se llama el autor de los reparos, es también, me atrevo a decirlo, mi amigo, y sé que sus observaciones son de buena fe.

Acepto incluso que en mi libro no fui todo lo enfático y explícito que requería el tema de la articulación entre la matriz ilustrada y la romántica, probablemente debió haber sido abordado en un capítulo aparte, y no como lo hice: por aquí y por allá y un poco a la carrera. Más que discutir un reparo que puede ser justo, me interesa poner de relieve lo que involucra esta discusión, sobre todo pensando en el mundo globalizado contemporáneo.

Con respecto a Chile, la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato, creada por el gobierno de la Concertación, acaba de emitir un informe respecto a los pueblos indígenas, informe que apunta a resguardar ciertos derechos colectivos para los pueblos originarios, entre ellos el más importante, el pueblo mapuche. Entre esos derechos se contempla una relativa autonomía y un trato especial en relación con las tres demandas que señalábamos. No han faltado de inmediato voces críticas, algunas moderadas y otras, sobre todo provenientes de los medios y partidos políticos más tradicionales, que desde un nacionalismo decimonónico sostienen incluso que de aplicarse esas políticas se abriría el camino para la desintegración del país. Son voces que argumentan que para los pueblos originarios la única solución es que esas culturas se integren a la cultura dominante y puedan disfrutar de sus bienes, incorporándose plenamente a la modernidad⁷. De otro modo, dicen, se los fosiliza, se los condena a la utopía arcaica y por ende a la pobreza. Son voces que en vez de propiciar una articulación entre ambas matrices —como sí lo hace, de modo implícito, el informe de la Comisión Nuevo Trato— se instalan irreductiblemente en uno solo de los polos.

España es otro caso en que el tema es de gran relevancia. El culturalismo extremo (o el fundamentalismo étnico) y hasta terrorista de los vascos (no de todos, por cierto), y la exacerbación culturalista y etnolingüística de algunas autonomías regionales —como la de Cataluña— han puesto el asunto en la discusión pública y académica. No son pocos los intelectuales españoles que como anticuerpo al fundamentalismo cultural han corrido a atrincherarse en la matriz ilustrada. Los vascos, por su parte, se atrincheran en la matriz romántica, autopercebándose como los pueblos originarios o autóctonos de Europa. Otro ámbito que tiene relación con el tema que nos ocupa es el mundo islámico. ¿Es aceptable o posible imponer una democracia en un país en que predomina una cultura tribal y caudillista? ¿La democracia es una técnica, un medio, o un fin en sí? ¿Lo que está ocurriendo en Irak responde acaso a un choque de culturas o de civilizaciones, como plantea Huntington? ¿No subyace tras esta visión una postura que percibe como motor de la historia contemporánea al choque entre el universalismo occidental y los particularismos no occidentales? En cuanto al conflicto del Medio Oriente, el destacado historiador israelita Zeev Sternhell, profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén, sostiene la tesis de que el nacionalismo cultural y territorial judío, vale decir el particularismo cultural, ha tenido en su historia, desde la fundación del Estado de

⁷ Carlos Peña González reseña estas posturas en “¿Reconocer los Pueblos Indígenas?”, 2003.

Israel, preeminencia sobre el polo ilustrado y los valores universales. Ello explicaría, según Sternhell, por qué Israel no ha desarrollado una constitución que garantice los derechos cívicos, por qué no ha separado al Estado de la religión, y por qué, hasta los acuerdos de Oslo de 1993, no reconoció el derecho del pueblo palestino a su independencia (cuestión que de facto no reconoce hasta el día de hoy)⁸. Vale decir, hay quienes se atrincheran en el polo ilustrado, y quienes, como ocurre según la interpretación de Sternhell, con Israel, se atrincheran o *enghettan* en el polo del particularismo cultural. Cabe señalar, por último, que en tiempos de la globalización, en que la diferencia conlleva un *plus*, se ha producido una suerte de *revival* de los particularismos étnico culturales, incluso hay quienes plantean que este renacer de los nacionalismos culturales sería una consecuencia de la globalización. Se trata, en todo caso, de un clima que alimenta los atrincheramientos en uno u otro polo.

En América Latina, en el campo de la literatura, se ha dado una polémica entre universalismo y particularismos culturales, novelistas como el chileno Alberto Fuguet o el mexicano Jorge Volpi discuten la existencia de un específico cultural latinoamericano, y atacan a la generación del *boom* por haber patentado una suerte de autenticidad latinoamericana que tuvo su epicentro en Macondo, y por haberlo hecho —afirma Volpi— con la misma desenvoltura con que una franquicia de Taco Bell asegura que lo que allí se expende corresponde a “auténtica comida mexicana”⁹. El debate entre los valores igualitarios y las identidades culturales divide hoy casi todas las aguas¹⁰. El tema que nos ocupa tiene, por ende, vasta significación, y merecería ser abordado desde una perspectiva histórica, filosófica, sociológica, estética y política. Por supuesto, nosotros no pretendemos hacernos cargo de una tarea de tal magnitud, a lo más podemos intentar exponer el asunto y compartir algunas reflexiones al respecto.

Conviene, para desplegar nuestro punto de vista, revisar dos posturas: una reflexión contemporánea que se atrincheran en el polo ilustrado, y que proviene de un intelectual hispanoargentino vinculado a la Universidad de Barcelona, y otra que corresponde a las reflexiones de Ernest Renan en el siglo XIX, a propósito del conflicto entre Francia y Alemania por las provincias de Alsacia y Lorena, postura que, a diferencia de la anterior, intenta una articulación entre las dos matrices.

⁸ Sternhell, Zeev: *The Founding Myths of Israel: Nationalism, Socialism, and the Making of the Jewish State*, 1999.

⁹ Fuguet, Alberto y Sergio Gómez: Prólogo a *McOndo*, 1999; Volpi, Jorge: “Narrativa Hispanoamericana Inc.”, 2002.

¹⁰ Serrano, Sol: “La Trapelacucha, el Velo y la Medalla”, 2003.

Horacio Vázquez-Rial, ex profesor de la Universidad de Barcelona, percibe el multiculturalismo y la defensa de la diversidad como una coartada del racismo contemporáneo¹¹. “Es la ideología —dice— llamada a justificar en el plano teórico la perduración de divisiones entre los seres humanos, de exclusiones y de la explotación derivada de ghettos étnicos [...] ha servido para hacer olvidar el derecho a la igualdad, en nombre del derecho a la diferencia”. Establece una filiación directa entre la defensa de la diversidad actual y la reacción antiiluminista de los románticos alemanes en el siglo XVIII. Su estrategia es establecer un antagonismo irrevocable entre ambas matrices. Mientras de la Ilustración procede la idea de la igualdad universal, del romanticismo la de la particularidad nacional. Si por un lado la Ilustración está asociada a lo racional y a la noción de progreso, por otro, el romanticismo lo está a lo irracional, a lo instintivo, a lo hereditario y a lo esencial. La matriz ilustrada propende al cosmopolitismo y a lo universal, en tanto que la romántica es relativista. Mientras el iluminismo busca todo lo que los hombres tienen de común, el romanticismo enfatiza todo lo que tienen de diferente. En cada polo se instalan nombres y cumbres; por una parte Newton, Condorcet, Montesquieu, Voltaire, Kant, Hegel y Marx; y, por la otra, los artifices de la exaltación particularista: Herder, Bonald, De Maistre, Scheller, Toynbee, Spengler, Max Scheller y la antropología estructuralista desde Levy Strauss hasta Marshal Sahlins.

Según Vázquez-Rial, la negación de la noción de humanidad y su sustitución por la de un conglomerado de “culturas” abre la brecha de la diferencia. Para aceptar que una raza es superior o inferior a otra, tengo que aceptar primero que son diferentes. Al “diferenciarlos —dice— los separo de la idea de humanidad”. De ahí a afirmar que una raza es superior o inferior a otra hay sólo un paso. “Lo que se llamó raza hasta 1945 —agrega— se llama ahora cultura, es la denominación políticamente correcta de una aberración que hunde sus raíces en la reacción antiiluminista” de los románticos alemanes. El atrincheramiento en el polo ilustrado y el maniqueísmo antagonista lleva al autor a hacer afirmaciones insostenibles, como por ejemplo equiparar los conceptos de raza y cultura. Esta polarización maniqueísta lo lleva a una visión equívoca de la propia Ilustración. Históricamente hay pensadores ilustrados, como Giambattista Vico, que no encajan en su esquema. En Hispanoamérica la construcción de las naciones bajo el paradigma ilustrado tuvo un carácter excluyente, producto del recorte y cierre que tuvo ese modelo al ser aplicado por un sector de la

¹¹ Vázquez-Rial, Horacio: “Lo Multicultural como Mitología y como Coartada del Racismo”, 2001.

sociedad en función de sus propios intereses, despojándolo así de su contenido democrático y abierto. Tal como señaló Walter Benjamin, “tras todo momento de civilización se esconde un momento de barbarie”¹². Tampoco se hace cargo Vázquez-Rial del equivocado y simplista tratamiento que hizo el pensamiento ilustrado de lo simbólico afectivo y de lo religioso. Si se pusiera en práctica la suerte de ayatolismo ilustrado que plantea el autor, terminaríamos todos hablando esperanto, habitantes de un mundo en que abunda la técnica y escasea la felicidad, un *brave new world* como el que describió Aldous Huxley en su famosa novela.

Samuel Huntington, en un artículo reciente que ha generado gran controversia¹³, asume la misma mirada de Vázquez-Rial, pero atrincherándose no en el polo de la ilustración sino en el cultural. Convierte a la cultura norteamericana en una identidad cerrada, en una tradición o enclave anglo-protestante, blanca y libertaria. Desde ese polo —con visión maniqueísta y mesiánica— percibe a la migración mexicana e hispanoparlante como un flujo refractario a la asimilación, y que, por lo tanto, a diferencia de otros, amenaza y pone en cuestión la propia supervivencia de la nación (una nación concebida por Huntington sólo en términos de un gran enclave monocultural y de una tradición única que se habría mantenido incontaminada desde la Independencia).

La postura y las reflexiones de Ernest Renan son del todo diferentes de las anteriores y constituyen un antecedente en la perspectiva de armonizar o articular ambas matrices. Derrotada Francia por Alemania, el Tratado de Frankfurt (1871) había devuelto al país vencedor las provincias de Alsacia y Lorena, anexadas anteriormente por Luis XIV. Los criterios para legitimar o cuestionar el derecho de conquista resumían dos concepciones sobre la nación. Mientras los franceses defendían el principio de cuño ilustrado de la voluntad y la definición político-institucional de la nación, los alemanes, con Theodor Mommsen a la cabeza, afirmaban que Alemania tenía el derecho de anexar estas provincias basándose en una concepción romántica de la nación que la definía como una comunidad de lenguaje, de costumbres, de modos de ser y de cultura¹⁴. Hacia 1870, en plena guerra franco-prusiana, Renan participó de este debate a través de dos cartas a Strauss. En ellas Renan reconoce a la nación como una territorialización moderna del poder, que sucede al principio de legitimidad de la herencia

¹² Peña, Carlos: “¿Reconocer los Pueblos Indígenas?”, 2003.

¹³ Huntington, Samuel P.: “The Hispanic Challenge”, 2004.

¹⁴ Tomamos estos antecedentes y las ideas de Renan de su conferencia en 1882 “Qu’Est ce qu’une Nation?”, y de Rodríguez Vázquez, José: “Dos Modelos en Tensión: La Nación Deseada y la Nación Heredada en Ernest Renan”, 2003.

dinástica. Lo que determina las naciones es, según su punto de vista, la combinación de la voluntad de las poblaciones expresada políticamente, una historia compartida y también los elementos culturales comunes. Su concepción de la nación no es ni exclusivamente política ni menos exclusivamente étnico-lingüística, sino una combinación de ambos elementos en el pasado, presente y futuro de cada comunidad. Renan quiere dejar en claro que su crítica a Alemania no niega la importancia de los elementos culturales, aspecto que sirvió de teoría legitimadora a la anexión practicada por ese país. Lo que Renan discute es la interpretación unilateral que se aferra solamente al modelo cultural y no considera la historia y la voluntad política de los habitantes. Renan intenta articular y armonizar ambas matrices, y discute la legitimidad de la postura alemana, que se basa exclusivamente en una de ellas. En su famosa conferencia de 1882 sobre “¿Qué es la Nación?” vuelve a reconocer y articular ambas dimensiones. “La nación —dice— no es la raza, no es algo objetivo: es un alma, un principio espiritual, una memoria compartida. La raza que es todo entre felinos y leones no lo es en el mundo humano”. “Más allá de los caracteres antropológicos está la razón, la justicia, lo bello”. Más allá de los elementos naturales, la nación se constituye según Renan: 1) por una memoria compartida de un pasado común (la dimensión cultural), y 2) por la reafirmación de la voluntad de vivir juntos expresada histórica y políticamente (la nación, para Renan, es un plebiscito de todos los días).

Ahora bien, en esta articulación de las dos matrices cabe preguntarse ¿quién articula a quién?, ¿lo político a lo cultural? o ¿lo cultural a lo político? De las ideas de Renan se desprende que la voluntad política de vivir juntos, ese plebiscito diario, es lo que articula y sirve de eje a la constitución de la nación, que deberá también, eso sí, considerar la dimensión cultural. Volvemos en este sentido a la metáfora del guante: la matriz ilustrada es la mano que articula los dedos culturales, una es continente y la otra es contenido. Una tiene preeminencia sobre la otra, pero no puede desconocerla. La mano necesita los dedos y los dedos a la mano. Esta idea, presente ya en Renan, es lo que hemos intentado establecer, con el objeto de contribuir a la organización política de la convivencia. Se trata de fomentar una política igualitaria de ciudadanía y, paralelamente, una política de reconocimiento de los particularismos culturales, sin reducir ninguna de las dos a la otra.

Es posible encontrar ideas cercanas a la postura que hemos reseñado en algunos de los pensadores emblemáticos más significativos de América Latina: por ejemplo, en Simón Bolívar y su “Carta de Jamaica” de 1814, en la que hace un largo recorrido para explicarle a un “caballero de Jamaica”

que las repúblicas aéreas no son posibles y que se hace necesario articular la idea política moderna con la realidad cultural de las futuras naciones, para construir no el mejor gobierno en términos ideológicos abstractos, sino el más factible en términos del paisaje geográfico y cultural que él recorre. Más tarde José Martí, en “Nuestra América” de 1891, plantea como metáfora el árbol: “injértese en nuestras repúblicas —dice— el mundo, a condición de que se salvaguarde el tronco”. Lo mismo puede decirse del ensayismo de Octavio Paz y de su constante alegato en pro de la necesidad de articular modernidad y tradición.

También coincidimos con el pensamiento moderno en la preeminencia de la matriz ilustrada —el dominio de la mano sobre los dedos—, pero considerando que en tiempos globalizados la diversidad cultural constituye una oportunidad para reformular y revitalizar el imaginario de la nación, y corregir así los errores del pasado. Se trata de construir una nación que no sea excluyente, que no margine, una nación que se rearticule con nuevos aires. Me confieso, en esa perspectiva, un ilustrado algo anacrónico, o para decirlo en términos más fluidos: un romántico de la ilustración.

REFERENCIAS

- Fuenzalida F., Edmundo: “Reseña Bibliográfica”. En *Revista Universum*, 17, Talca, 2002.
- Fuguet, Alberto y Sergio Gómez: Prólogo a *McOndo*. Grijalbo, 1999.
- Hardt, Michael y Antonio Negri: *Imperio*. Buenos Aires, 2002.
- Huntington, Samuel P.: “The Hispanic Challenge”. *Foreign Policy*, Washington, USA, March-April, 2004.
- Peña González, Carlos: “¿Reconocer los Pueblos Indígenas?”. *elmostrador.cl*, 24, Santiago, octubre, 2003.
- Renan, Ernest: “Qu’Est ce qu’une Nation?” [1882]. [Conferencia reproducida en Jorge Acevedo (comp.), “Renan, Ortega y la Idea de Nación”, en *Estudios Públicos*, 38 (invierno 1990).]
- Rodríguez Vázquez, José: “Dos Modelos en Tensión: La Nación Deseada y la Nación Heredada en Ernest Renan”. En *Amauta*, Vol. 1, N° 1, Depto. Ciencias Sociales, Universidad de Puerto Rico, 2003.
- Serrano, Sol: “La Trapelacucha, el Velo y la Medalla”. En *El Mercurio, Revista El Sábado*, Santiago, 26 de septiembre, 2003.
- Sternhell, Zeev: *The Founding Myths of Israel: Nationalism, Socialism, and the Making of the Jewish State*. Nueva York, 1999.
- Subercaseaux, Bernardo: “Política y Cultura: Desencuentros y Aproximaciones”. En *Nueva Sociedad*, 116, Caracas, Venezuela, 1991.
- Subercaseaux, Bernardo: “Caminos Interferidos: De lo Político a lo Cultural”. En *Estudios Públicos*, 73, Santiago, 1999.
- Subercaseaux, Bernardo: *Chile o una Loca Historia*. Santiago: Lom, 1999.

- Subercaseaux, Bernardo: "Hacia un Nuevo Mapa Latinoamericano: Ilustración y Mercado". En *Estudios Públicos*, 81, Santiago, 2001.
- Subercaseaux, Bernardo: *Nación y Cultura en América Latina: Diversidad Cultural y Globalización*. Santiago: Lom, 2002.
- Vázquez-Rial, Horacio: "Lo Multicultural como Mitología y como Coartada del Racismo". En *Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 94, Universidad de Barcelona, 1 agosto, 2001.
- Volpi, Jorge: "Narrativa Hispanoamericana Inc. Texto leído en congreso en Brown University, www.literateworld.com/spanish/2002/portada/sep/wo1/toprightbox.html.